

# EL GATO NEGRO

Semanario humorístico de actualidades

Maulla los sábados

Año I San José, Costa Rica, 17 de abril de 1909

Núm. 10



# El Gato Negro

Semanario humorístico

Editor y Redactor,

JORGE L. CHACON Z.

Apartado número 207

## Pelillos de Gato

De Alajuela

Por fin vinieron los azules, con Vidal á la cabeza. Qué guapo venía el Ministro y qué poseído de su rango elevadísimo. Tomó posesión de la plaza y era de verse la cara que ponía cuando lo de los vivos que le echaron. Vidal es hombre práctico: él dice: á rfo revuelto ganancia de pescadores, y en verdad que pescó *hurras* como maíz; y luego dice á sus subalternos que no se metan en política, y si asisten á las reuniones civilistas que se encomienden á San Cleto! No hay remedio, siempre la cuerda reventándose por lo más delgado y los ministros de *los seis años* dándose taco de emperadores. Vidal nunca se vió tan agazajado; casi que la ovación fué para él. De ahí á la presidencia de la «República» no hay más que un paso, como del despacho del Ministerio de la Guerra, al bufete, no hay más que algunos centenares de varas.

El pobre Ricardo sí que sufrió... desengaños y malos ratos, sobre todo en el momento de coronar á Juan Santa María. ¡Qué de recuerdos acudieron á su mente, cuando, poniendo en blanco los ojos é inclinando la cabeza en señal de sumisión á las hipocresías políticas, estiró la mano para depositar al pié de la estatua la corona, de *mirto y laureles*, como dice Calsamiglia, mientras pensaba en lo voluble de las cosas humanas y en las mil volteretas políticas que él ha dado en todos los tiempos. Recordó que el 15 de setiembre de 1891 negaba rotundamente la existencia del Erizo y á sí mismo se cantaba las palabras de Jeremías el del *Rey que Rabió*: «bonito es el papel que estoy haciendo aquí»; y tan bonito, que los ojos de los espectadores se abrían con infinita sorpresa, viendo al *inmaculado* en el acto de forjar otra plancha, porque ¿para qué colocar coronas á quien nunca existió? ¿Por qué no las coloca en el altar de la Virgen en quien jamás ha creído tampoco?

De mentira en mentira va ese Hamlet de nuevo cuño cayendo en los convencionalismos más absurdos para su escéptica naturaleza; y todo por amor á la papa y porque rabia al sólo pensamiento de que Rafael se la pudiera comer. Que Carlos María rompa sillas y mesas á balazos en «La Magnolia» y que Vargas Calvo *empuje* á Emma la de Escasú nada menos que á cojer de la brida los caballos de los civilistas, con el debido acompañamiento de impropiedades *pueblescos*, no es nada en comparación de que don Ricardo traiga desde San José una *pesadísima* corona de laureles y mirto para el valiente soldado cuya existencia negó, pues la tal coronación, hecha por él, si no es un disparate mayúsculo y cómico en el más alto grado, que baje Dios y lo diga; una de dos cosas: ó coronó la estatua como representación de una existencia que jamás debió ponerse en duda por ningún costarricense digno de tal nombre, y en ese caso mintió al hacerlo, pues él no cree que Juan Santamaría existiera, ó se coronó á sí mismo al depositar la ofrenda sobre un pedazo de bronce que para él representaba en aquel acto, el símbolo de su duda ya manifestada en el año 91. De todos modos, ya que se habla de coronas, los lectores no deben extrañar que esa nueva flor de ridículo aparezca cualquier día en la *coronota de planchas políticas* que le estamos tejiendo á don Ricardo para presentársela cuando llegue la ocasión.

Para finalizar, una pregunta:

¿Qué fecha ha escogido el jimenismo para que su candidato coloque la *pesada* y *aúrea*

corona de los Vázquez sobre alguna de las imágenes de la Catedral, las cuales para don Ricardo no han pasado nunca de ser absurdos? Pero el Venerable Cabildo lo juzgaría de mala manera como los alajuelenses lo han hecho, al verle, con los ojos en blanco, en actitud humilde, *sobándoles la leva* á ellos, con el pretexto del pobre Santamaría, que con nadie se estaba metiendo en esta campaña política.

AMÉN

## Reminiscencias

A Carlos María

Trabaja, Carlos sin cesar, trabaja; la gente azul se nos convierte en roja después que nos engaña y nos despoja, porque ya no hay dinero en nuestra caja.

Pronto la hiel del desengaño cuaja para quien, débil, á luchar se arroja; y yo bien sé que mi opinión es floja y que soy un político de paja.

El triunfo de Rafael es más sabroso que esta vana ilusión que con empeño me forjo, testarudo y caprichoso.

Pues él, al fin, de su partido es dueño, y de este cacareado jimenismo ¡todos serlo podrán, menos yo mismo!

RICARDO

## La tercera salida del Quijote cimarrón

(Véase el grabado)

La del alba sería cuando el Quijote cimarrón, descendiente de Vázquez de Coronado, abandonando el hipógrifo de fuego que lo condujo por la vía del Pacífico, tiró su coraza, escudo y espada y abrazando el lanzón, á pié, disfrazado de hombre del pueblo, descoronado, trasmontó la montaña y se enfrentó á Santa María que desde lo alto de su graníteo pedestal, fusil en la una mano y con la tea en la otra, miró sorprendido aquella figura que hacia él avanzaba.

—¡Oye tú, el del fusil de chispa, el de la tea broncínea,—valiente y noble hidalgo, gritó el cimarrón— a queste que aquí ves es el último vástago de Vázquez de Coronado, el gran conquistador...

—¡Oí vos, mamarracho!—Contestó Santa María—á mí no me vengás con vainas ni con palabrotas, que bien te conozco y sé quien sos, yo no soy más que El Erizo, tambor del ejército costarricense; pero asistí á la campaña nacional, donde no ví á ningún Vázquez de Coronado ni á ninguno de sus parientes. Con que á otro perro con ese hueso.

—Juan, ilustre Santamaría, hijo predilecto de la noble Alajuela, honra y prez de Costa Rica, émulo de Ricaurte...

—Mirá Ricardo, te vas callando ó me apeo de a queste (como decís vos) pedestal, y te zampo este mechón donde te hace más falta, ó sea en la calva. Vos crees que soy tan tonto? ¿Crees que no me acuerdo de lo que escribiste en *El He-*

*raldo* del 15 de setiembre de 1891? Ya porque me ves aquí en esta posición tan rara y pegado por los caites á este monumento crees que no sé lo que pasa? El 10 en la noche vino uno de San José y me leyó tu famosa torta y allí decís que: «no es cierto que al aplicar la llama al edificio fuera yo herido en el brazo derecho, ni que entonces tomara la tea en la mano izquierda; y que no es cierto, tampoco, que muriera en el acto de ver ascender en el cielo aquel incendio, que fué la aurora del triunfo definitivo de nuestras armas, y, por último agregaste: y pues si no hubo un Erizo en el pasado, lo habrá en el porvenir», y ahora venís con cosas...

—Es verdad, querido Juan, que yo escribí eso por mi desgracia, y cualquiera puede leerlo en las colecciones de *El Herald* de 1891 (no sé por qué coleccionarán periódicos); pero también es verdad que en el discurso que *recité* el día de tu inauguración dije todo lo contrario.

—Bueno; pero *las palabras* de un discurso *vuelan*, mientras que lo *escrito*, queda. Y en todo caso, eso viene á probar lo que desde hace mucho tiempo oigo que dicen de vos.

—¿Y qué dicen?

—Pues casi nada: que sos una veleta; que cambiás de modo de pensar más que de cuellos y puños; que no se te puede creer nada, ni el credo, pues has negado la existencia de Dios, la de la Virgen y la del Diablo.

—Eso no es verdad. Yo nunca negué la existencia del último, pues estoy convencido de que el patas existe, porque de otro modo ¿cómo tendría yo un partido?

—¿Y por qué, Ricardo?

—Pues ¿no sabés que nosotros somos *los azules*?

—¡Ah sí! Ya me acuerdo: *los diablos azules*, esos que Cortés llama *Delirium Tremens*.

—Es lo mismo. Pero hablando de lo que me interesa, Juancito, vengo á avisarte que vendré dentro de poco á colocar una corona á tus pies.

—¿Corona? ¿Y para qué? Yo no necesito nada de eso y tampoco las merezco, pues si incendié el mesón y en ello perdí la vida, no hice más que cumplir con mi deber. Con la estatua me basta.

—Pero es que hoy es 11 de abril y se conmemora esa fecha gloriosa.

—¡Qué va! Pasan y pasan años y nadie se acuerda de mí. Los zopilotes se paran en la bayoneta de mi fusil y hacen allí toda clase de cochinas; las cucarachas...

—Ve, Juan, amigo, no me gustan alusiones personales.

—¿Alusiones personales? ¿Y por qué? Me parece que nada tienen

que ver los zopilotes con voz; si hubiera dicho zonziches... pase, por lo de calvo; pero...

—Bueno, dejemos eso. La cuestión es que el Partido Fernandista cuya cabeza soy yo...

—¡Pero qué cabeza tan calva!...

—Soy yo, deseo depositar una corona á tus pies. Nos hemos rajado con doce reales y ya verás que cosa más bonita.

—En fin, ya que Uds. se empeñan, traigan la corona. Pero algo buscan Uds. con eso, porque ¿cómo no se han acordado antes de mí?

—La verdad es que el objeto es taparles el hocico á todos estos civilistas que hay aquí.

—Y ¿cuáles son esos civilistas?

—Pues unos que usan un clavel rojo.

—Ah sí! Pues yo estoy con ellos, porque sé que su jefe es Rafael Iglesias, aquel que pronunció un discurso tan ñeque el día de la inauguración de mi monumento y que tanto contribuyó á salvar mi nombre del olvido y á dar á Alajuela el rango que merece entre las provincias de Costa Rica.

¿Quién dió la orden de quitar la corona que El Cimarrón depositó á los pies del Erizo? Nadie. La verdad es que la indignación de éste fué tal al ver cómo se venía á mendigar votos después de haberle insultado, que dió elasticidad á sus músculos de acero y, á puntapiés, arrojó la infame corona azul de doce reales con que se pretendió mancharle.

O.

## Cartas políticas

San José, 12 de abril.

Baltasara de mi vida:

Pa que veás como se ponen aquí las cosas políticas, voy á contarte en secreto una cosa muy bonita desas que ya vos sabés que me causan tanta risa. Como casi naide sabe que yo soy un civilista, y aunque me adorne de azul desde el rabo hasta la cincha, yo sé que naide en el mundo en mi persona se fija, y uso cuando me conviene cualesquier nombre ó insignia pa parrandear á mi gusto y dame la buena vida, sin perjuicio de que sea como siempre, civilista. Por eso ayer en la tarde me quité la banda tinta, merqué como vara y media de azulada coletilla, me colé con los gritones que pa Alajuela se iban y aquí comienza la cosa que me hace morir de risa: cuarenta carros de carga repletos de jimenistas, estaban ya en la estación del tren que va pa Orotina; al pronto casi me caigo del susto, pero por dicha, como yo soy tan calmoso, me puse á pasar revista, pa saber si todos eran de aquí mesmo... pero ¡ñisca! ya yo soy gallo jugao y sé en que bando milita

casi lo más prencipal de la gente en Costa Rica. En un solo carro vide apretaos como sardinas á ñor Pedro el del Zapote con la vieja y las chiquillas, á mano Chico el de Grecia con la perra y la familia, á Vicente el de Cartago, á Ramón el de Juan Viñas, á Torcuato el de Palmares con Tomasa, Chepa, Rita, Josesillo, Andrés, Milagros, Baltasar y Jeremías; allí mesmo estaba Lucas el renco de Alajuelita, Jacinto el de Puntarenas, el negro Juan, de Matina, Pancrasio el de Santa Cruz, el ciego de Buena Vista, don Antonio el de Nicoya con la negra Casimira, siete pollos, cuatro perros, y un barril lleno de chicha; también vide, más socao que quien sabe qué, á Juan Vindas el tuerto de Santa Bárbara, con un gran saco de harina y un paquete de hojas sueltas que allí mesmo repartía... Pa no seguir, Baltasara, escribiéndote la lista de todos los que formaban aquella reunión política, te diré que casi todos llevaban á sus familias y que por más que busqué á la gente josefina, solo vide á don Ricardo que con unos levas, iba entre un racimo e bananos y una sarta de gallinas, bañado en sudor el pobre, y bravo como una mica porque dice que él no sirve pa esas molestias políticas y que ya le jalan mucho el rabo á la ternerrilla; que él no nació pa esas cosas, y sin embargo lo obligan á caminar como un turco ya pa abajo, ya pa arriba, y á rezar y á confesarse y á hacer penitencia fija desde que el sol amanece, como si él fuera algún chuica. Pero del viaje á Alajuela lo que más le hace cosquillas es recordar que le hicieron, por conveniencias políticas, ir cargando una corona que pesaba ochenta libras pa ponésela á una estatua: la de Juan Santamaría! Conque ya ves Baltasara, ¡quién no se muere de risa!

BENITO

## Zapironadas

Decretó Vespasiano un impuesto sobre la basura, lo que fué motejado por su hijo, diciendo que olfa mal.

Cuando se recibió el primer dinero, el padre lo acercó á las narices del hijo.

—¿Huele mal?

—No, señor.

—Pues esto es del impuesto que tanto asco te causó!

Igual cosa que al hijo de Vespasiano, le sucede ahora al descendiente de Vázquez de Coronado. Cuando don Máximo le presenta un fernandista de los históricos, siempre le pregunta:

—¿Huele mal?

Y él, por supuesto, contesta disimulando su desagrado:

—No, señor, todo lo contrario.

—Pues este es de los *jediondos* que tanto asco te causaban, Ricardito.

Era de noche. En la calle silenciosa, el policía destacaba su silueta bajo el resplandor del foco eléctrico que á ratos parpadeaba; de repente aquel silencio majestuoso fué interrumpido por una voz clara y sonora que salía por el entreabierto postigo de una ventana; al principio la voz que salía modulada y lentamente se fué alzando, dejando percibir claramente las siguientes frases: ¡Bandido! ¡Asesino! ¡Ladrón! ¡Cobarde! ¡Tirano!

Ratero! Pillo! Mastodonte! Tigre! Hiena! Gallo...!...!

El policía al oír aquellas voces, suena tembloroso el silbato; por su mente cruzan horripilantes ideas é imagina acongojado el horrible drama que debe estar sucediendo en aquella casa.

Al llegar los compañeros que llamó el silbato, todos se dirigieron á la casa con grandes precauciones, revólver en mano y echaron la puerta abajo. Una viejecita de venerable aspecto, apareció aterrada:

—¿Qué escándalo es ese, señora, qué ocurre, por qué esos terribles improperios?

—Escándalo, improperios? No entiendo, señor policía.

—Entonces esos gritos destemplados, ¿qué son?

—Nada, señor, es que mi hijo está leyendo *La República*.

Estaba Santa María tranquilo en su pedestal; pero llegó, por su mal, don Ricardo, el otro día, y con sobra de ironía, después de que hubo negado su existencia de soldado, le coronó, sin permiso, como si el humilde Erizo pudiera ser Coronado.

Un chico se comía un queso en el rincón de una cocina.

—¿Qué haces ahí, pícaro? Le pregunta su mamá.

—Estoy invitando á don Máximo: este queso es don Ricardo.

A propósito de la rumoreada renuncia de cierto Ministro que ha hecho huesos viejos en el Despacho, se nos ocurre encajar aquí, lo que se nos cuenta que ocurrió en Guápiles:

Unos jóvenes de apellido Quirós sorprendieron un lagarto en el río Toro Amarillo y después de haberlo dejado chingo á machetazos, acuchillándolo sin compasión y cuando ya el pobre estaba sin ojos, pues se los sacaron, tuvo la ocurrencia de comerse un ternero.

¡¡¡Qué pellejo de bruto!!!

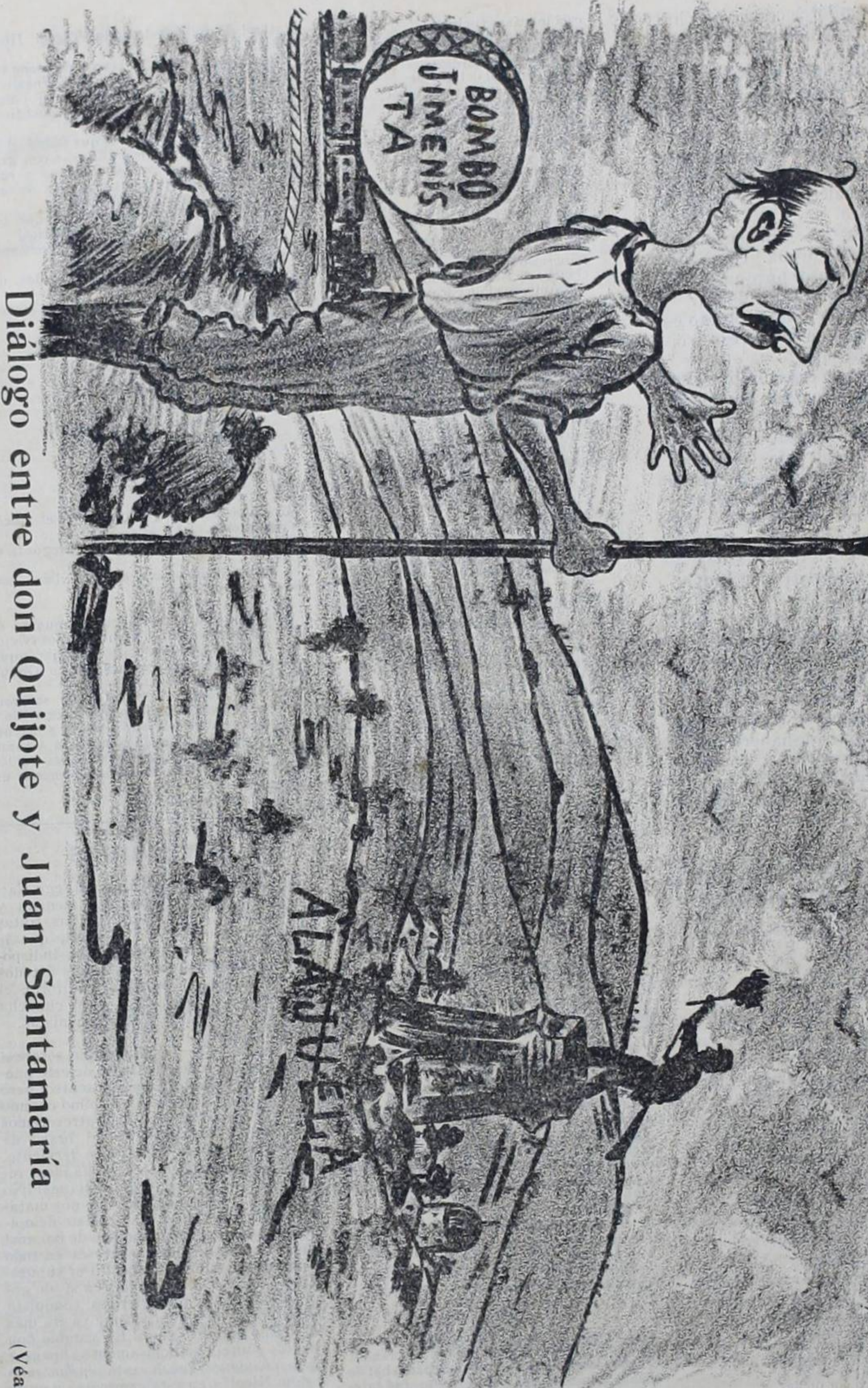
## Telegramas

Chomes, 12.—A *República*.—Llegó Carlos Huertas con dispepsia jimenista y curolo turco Reyes con pastillas tintas compradas en botica Universal, que le sentaron á maravilla. Repúsose indisposición y habló largas tres horas á todos los de mi casa: conmovió auditorio, el perro habló, el loro ladró, y una chancha lloró á moco tendido. Todos jimenistas.—Felisiano Fletes.

Alajuela, 12.—Indescriptible sorpresa ha causado á todos los hijos de este pueblo la presencia del Candidato ateo; pero la estupefacción llegó á su colmo cuando se le vió del brazo de... ¿nos atreveremos á decirlo? Pues bien, sí: del brazo de don Nicolás Meza, el católico ferviente, el ínclito portaestandarte de las ideas religiosas y de las prácticas cristianas! ¡No hay remedio! Está de Dios que nos matarán á sustos los azules. ¡Qué chilate de opiniones y credos! Qué revoltijo de colores! Qué de contradicciones y reveses en todo lo que rodea á don Ricardo! Por supuesto, que don Nicolás no cabía en sí de gozo, pensando en esa gloriosa conquista hecha por él, de una alma que ya era más del diablo que de Cristo! En cambio don Ricardo sonreía maliciosamente al pensar en la *chamarra* que le está *enflautando* á don Nicolás en esta campaña, y en la cara que pondrá éste, cuando, si él triunfa, lo meta en un vagón de ferrocarril en compañía del Obispo y de toda la gente de sotana.—FIGURÍN.

IMPRESA ALSINA, SAN JOSE.

# Los anacronismos de la política



Diálogo entre don Quijote y Juan Santamaría

(Véase pág. 2)